

Poema / JosÉ© Javier Villarreal

JosÉ© Javier Villarreal (Tecate, 1959). Autor de Una seÁ±al del cielo (Universidad de Concepci³n, 2017).

Á

He visto c³mo mis hijos se despiden.

Me he visto enredado entre sus madejas de afecto,
he puesto las piedras en el canto de la ventana,
me he levantado con ellos y acompa±ado a la puerta.

No estuve cuando tendieron las camas, cuando lavaron los platos,
tiraron la basura, recogieron y doblaron las toallas, se despidieron de las paredes,
de los espejos, muebles y armarios que a³n permanecen. Los libreros,
las puertas, la alacena, los cajones, los libros y cuadros. Los tapetes,
las sillas, la quietud del jard³n visto desde adentro,
el zumbar de las abejas,

los p³jaros que cruzan, el roc³o sobre las delgadas hojas del zacate.
Los he visto cuando todav³a circulaban por la casa. Antes, era otro tiempo,
simplemente estaban o no estaban. Los p³jaros hac³an sus nidos
y los Árboles no paraban de crecer. Ahora es distinto porque los p³jaros
siguen haciendo sus nidos
y los Árboles no paran de crecer.

Es distinto, y nada se detiene; por ejemplo, mi taza de cafÉ© sigue dando vueltas
en el micro;

yo la veo, como siempre, hacerlo por un espacio de cuarenta segundos.

Es enga±oso, el mundo es perversamente enga±oso, porque se empe±a en hacerme pensar
que sigue igual, y se vale de todo

para confundirme. La lavadora, bajo la secadora, sigue funcionando,
el foco parpadea toda la noche, el gallo, el borracho de siempre
transitando la calle, cantando desde su rama, anunciando una ma±ana
que debe ser como todas. El cafÉ© en el frasco y la leche en la puerta del refri.

Todo dispuesto para confundirme, para hacerme vivir una irrealidad, un enga±o.

Pero mis hijos llegaron con sus bolsas de mandado, llegaron con su ropa, sus cobijas,
sus cepillos de dientes, su pasta dental, la perrita, sus planes de quedarse
todo el fin de semana.

Yo lleguÉ© despuÉ©s. Ya estaban instalados. La perrita corr³a por el jard³n, el fuego ard³a
en el asador;

el de siempre, el de todas las comidas, el de Navidad, fin de a±o, aniversarios, Á puentes,
d³as de asueto que corren y permanecen como las estaciones del a±o.

Pero entre sus gui±os y gestos, en su ir y venir, poner la mesa, marinar la carne,
hacer la ensalada,

exprimir los limones, cortar el tomate, la cebolla, traer el queso,

y ese fuego que se parece tanto a aquel otro, el que hoy no arde, el de la chimenea,
yo pod³a sentir c³mo se iban despidiendo, c³mo evitaban tocarme o abrazarme,

c³mo todo segu³a tan igual con la complicidad de los p³jaros y de los Árboles;
incluso la perrita segu³a ladr³ndoles a las hojas de la buganvilia que no cesaban de caer.

Las hojas ca³an como siempre, y como siempre las ve³a con gran emoci³n.

Se han ido y yo permanezco en la mecedora frente a la tapia viendo la noria.

Cuando llegamos, hace casi veinte a±os, dijimos que ten³amos que apuntalar
y reconstruir la noria.

Sembramos Árboles, construimos cuartos, pasillos, buganvillas, rosales, eucaliptos
de la India y encinos rojos que no lograron sobrevivir.

Pasamos temporadas; unas reales y otras ficticias. Pero se convirti³ en nuestra casa, y É©sta
se llen³ de libros, muebles, recuerdos, tapetes, cuadros, antiguallas
que nos parec³an verdaderos tesoros.

Ahora que se han ido, los objetos permanecen como un bosque que me rodea,
un barco, la ventanilla de un avi³n que me permite pensar en ti momentos antes
de aterrizar.

La noria sigue igual como hace veinte a±os, y ella, parad³jicamente, es la Ánica
que me advierte

que, pese a todas las apariencias, a todas esas madejas de afecto que dejan mis hijos
al despedirse,

el mundo ha cambiado, aunque los p³jaros sigan haciendo sus nidos y los Árboles
no dejen de crecer

y yo siga en mi mecedora viendo un mundo que ya no es.

